

ZONA DE PROMESAS

Jóvenes Escritores Alvearenses

Antología de cuentos, poesías e ilustraciones

ZONA DE PROMESAS

Jóvenes Escritores Alvearenses

Lautaro Eduardo Raue Peña, Florencia Magali Díaz, José Ignacio Melis, María Cristina Valdés, Carlos Becerra, Tatiana Iriarte, Gabriela Chiapa, Germán Ferreira, Luciano Burgos, Belén Obon, Emanuel Muñoz

Zona de promesas: Jóvenes escritores alvearenses : antología de cuentos, poesías e ilustraciones / Gabriela Chiapa ... [et al.] ;

Editado por Johanna Alfaro ; ilustrado por Marcelo Andrade Pérez...

[et al.] ; prólogo de Adela Álvarez de Faur. - 1a ed. - General Alvear :

Gabriela Chiapa, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-88-0525-2

1. Antología Literaria. 2. Antología de Cuentos. 3. Antología de Poesía. I. Chiapa, Gabriela. II. Alfaro, Johanna, ed. III. Andrade Pérez, Marcelo, ilus. IV. Álvarez de Faur, Adela, prolog.

CDD 860

Agradecimientos:

Muchas veces cuesta iniciar con el trabajo de la preparación de un libro, sobre todo cuando la mayoría de los autores, somos novatos. Es por eso que decidimos reunir algunos relatos y poesías para poder compartir con el mundo, un poco de nuestra esencia. Por qué es eso, en la obra desplegamos toda nuestra pasión para transportar al lector hacia ese mundo que imaginamos.

En esta obra que les presentamos, fueron muchas las personas que colaboraron para hacerlo realidad. Entre ellas, Adela Álvarez de Faur, una gran escritora que nos apoyó y nos hizo el prólogo. Mónica Cabo, quién realizó la corrección de las obras. Cada uno de los escritores que conforman esta antología, que pusieron su cuento o poesía para compartir. A los artistas, que nos brindaron una obra suya, su visión de la obra a través de sus ojos creativos. Y a la Diseñadora Gráfica Johanna Alfaro, que sin ella no podríamos tener este gran libro.

Dejamos en sus manos, una gran parte de nuestra vida, y el comienzo de algo hermoso. ¡Gracias!

Índice

Prólogo.....	9
• <i>Lautaro Eduardo Raue Peña</i> :	
Dentro del caparazón	13
Pálpitos de tinta	16
• <i>Florencia Magali Díaz</i> :	
Partida.....	22
“La pasión es un arte“	27
Ser...y no ser	29
• <i>José Ignacio Melis</i> :	
Final.....	33
• <i>María Cristina Valdés</i> :	
Gritar.....	38
Tuya	38
• <i>Carlos Becerra (o Zed)</i> ::	
Vingança	41
Otra oportunidad	42
Desaparecido.....	46
• <i>Tatiana Iriarte</i> :	
I	49
II.....	49
• <i>Gabriela Chiapa</i> :	
Talismán	52
El viaje de tía Angelina	57
• <i>Germán Ferreira</i> .	

La oscuridad.....	66
• <i>Luciano Burgos:</i>	
Mientras dormía.....	65
• <i>Belén Obon:</i>	
Porcelana Marfil.....	68
• <i>Emanuel Muñoz :</i>	
Máscaras Peligrosas.....	73
Imaginación	77

Prólogo

Zona de promesas, recoge veinte títulos que nos introducen al mundo imaginario de jóvenes que empiezan a transitar por el mundo de las letras. Quién lea este compilado de cuentos y poemas, se encontrará con diversidad de enfoques. En los relatos, se deja entrever la gran imaginación que mueve a estos noveles escritores, quienes parecen prometer un futuro prodigioso en el arte de escribir. Algunos se pueden considerar cuentos de estilo realista, que nos ponen de cara con la realidad, sin desprenderse demasiado de su imaginación, sin embargo, tampoco vuelven a la verdad cotidiana, donde saben, que sólo les espera la chatura de días sin emociones. Los otros, a los que podríamos encuadrarlos dentro de la categoría de cuentos fantásticos, nos llevan por el camino de lo increíble e impredecible, haciéndonos partícipes de sus fantasías. Mientras que en los poemas, los autores, intentan aferrarse a la magia que los envuelve y se definen en pequeños amantes de su propio lenguaje que van dejando su impronta y lo mejor de su intenso territorio interior. Son voces agrupadas que se sumergen en la ficción, para dejarnos el maravilloso caudal que vibra en el oficio de la palabra escrita.

Los trabajos de estos autores, agrupados en un primer

esfuerzo literario, lograron formar esta pequeña obra, dejándonos con la agradable sensación de estar frente a quienes abordan la narrativa breve, y la revitalizan con convicción y seguridad. Por otra parte, esta colección es el testimonio firme de una comunidad de jóvenes alvearenses, que haciendo honor al oficio de escribir, llegan en un momento difícil de nuestra vida y se dan en una entrega sutil de ellos para el otro. Y acaparan los espacios de un papel en blanco, que seguirán llenando sin descanso. No se borran las palabras, quedan como preludio del mañana, antojadizo, inquieto y perseverante. Se trata de rescatar el prodigo del lenguaje y plasmarlo para que permanezca en el tiempo.

Sabemos que la tarea de un joven escritor es un largo camino de aciertos y errores, de mucho andar por las letras, marchas y contramarchas, tristezas y alegrías y un descender hasta el precipicio oscuro y un volver a empezar todos los días. Nunca se dijo que la vida de quién escribe es un jardín de rosas, pero tampoco se dijo que no se pueda transitar para llegar a ellas, a pesar de las espinas y el camino pedregoso que puedan encontrar.

Me agrado leer a estos jóvenes desconocidos, que lograron sorprenderme al ir avanzando en los relatos y darme herramientas para llegar al final sin tener que dar marcha atrás en la lectura. Todo está ahí, sin

subterfugios ni apremios que nos lleven a desear el fin de la historia.

Por todo lo expuesto es que incito a estos autores a seguir escribiendo, porque al entrar en las páginas de Zona de promesas, siento que estoy descubriendo a escritores, que en el futuro tendrán mucho para dar, y serán capaces de desnudar su alma para entregarnos lo mejor de sí. No obstante, creo que todavía tienen un largo camino para recorrer y que lo mejor de ellos, aún no ha sido escrito.

Adela Álvarez de Faur
Escritora- Guionista

Lautaro Eduardo Raue Peña. Es de General Alvear (ciudad), Mendoza. Tiene 22 años. Quizás su inspiración proviene de lecturas de ficción, quizás del estímulo de las reflexiones que filósofos y filósofas han compartido le provocan, quizás...

DENTRO DEL CAPARAZÓN

Esta vez el viento parecía soplar y resoplar desde otra boca, las huellas que dejaban tras la carrera formaban un esquema ajeno a lo real, como si eso nunca hubiera sucedido. Lógica ilógica, razón irracional, verde frutilla, proyectos para denominar semejante situación, pero ninguna acertaba, tampoco alcanzaba. Mientras corría la liebre creía que la velocidad de su avance provocaba que el aire profiriera palabras sin sentido, pero de entre ese tumulto de lamentos de ultratumba escuchó: Ella ganará, si te duermes ganará. Palabras certeras de, irónicamente, dudosa procedencia. Sin embargo, el trote la tenía un poco cansada, por lo que igualmente verificó la distancia que la separaba de la tortuga, volteó hacia delante y avistó un muy cómodo árbol que tenía una frondosa y amistosa sombra que la estaba invitando a estirar las patas, recargar energías y ganar indiscutiblemente.

No importaba cuánto tardara, la tortuga alcanzaría su cometido. El desafío era claro, y no permitiría que su falta de voluntad la frenara más de lo que ya su cuerpo le

posibilitaba acelerar. La liebre se encontraba lejos, pero eso no era lo que la molestaba: ¡La muy desgraciada se tiró a la sombra de un árbol! ¡Qué falta de respeto! Era imposible que hubiera olvidado por qué estaban corriendo, no había otro motivo que abalara su comportamiento más que la soberbia, la confianza desmesurada. El reptil iba a ponerle fin al asunto, cueste lo que cueste, y le daría al mamífero una lección que jamás olvidaría. No obstante, para su sorpresa, la presunta perezosa se levantó de la siesta y cruzó a toda marcha la meta de llegada.

-Gané, ¿Y ahora qué?- , decía la liebre, temerosa de las vaticinadas consecuencias que el futuro le había revelado en un eólico susurro. En ese sueño reparador, aquella voz ventosa se hizo presente y no la dejó en paz, repitiendo la misma frase, aumentando cada vez más su intensidad y cadencia, por lo que el mamífero pensó que se trataba más bien de una pesadilla. Se auto-eyectó de su lugar de descanso y atravesó el límite de... ¿De qué? Siguió al pie de la letra al “homúnculo” del viento, pero no podía parar de preguntarse el por qué le había dicho eso. ¿Sabía algo que ella no? ¿Acaso aquel lento e inútil reptil pudo haberla vencido? De haber sucedido, ¿Cómo pudo pasar? No pasó mucho tiempo para que los animales del bosque que estaban presenciando la carrera salieran a su encuentro para festejar junto con ella la victoria. ¡Hurra! ¡Hurra! Todo el recinto se impregnaba de alegría... Menos el corazón de la liebre que

no sentía propio el logro, más bien de su “oráculo”.

-Era sabido. Ella es más rápida que yo. Bien merecido se lo tiene-, hablaba con resignación la tortuga, que, no obstante, se proponía terminar lo que empezó, cruzar la línea de llegada. Los demás animales estaban muy ocupados en galardonar con gritos y halagos a la liebre. Nadie veía lo que aún sucedía en medio de la pista. Tranco a tranco, paso a paso, lentitud a lentitud, el reptil llegó al final del camino, aunque no para la hora de los aplausos. Ya se habían ido todos, a excepción de los árboles y la otra flora que todavía presenciaban la competencia que aquella criatura estaba librando consigo misma. De un momento a otro, una cola pomposa se comenzaba a asomar desde unos matorrales que se encontraban cerca de la meta, era la liebre. Miró a su rival confundida pero con serenidad, no le guardaba rencor, pues no tenía nada en contra de ella: fue más veloz, más capaz, pero, ¿Por qué seguía ahí? ¿Aún tenía asuntos pendientes que resolver?

-Seguías acá y no emitiste ruido alguno- decía la tortuga
-Pensé que estarías festejando junto a los demás-. –En realidad nunca me fui, me quedé observándote. Quería esperarte hasta que terminaras para declararte que no me siento digna de esta victoria. Ahora que lo pienso, lo único que gané fue angustia. Eras consciente de tu desventaja y aun así no te acobardaste. Verdaderamente, te siento más vencedora a ti que a...-. A unos metros de distancia de donde dormía podía divisarse a una burocracia caminante

que finalmente cruzaba la línea de llegada. –Creo que así está mejor- balbuceaba somnolienta la liebre con una leve sonrisa -Me alegra que ella haya....

Amanecía, y dulcemente un nuevo día saludaba el caparazón de la tortuga. Algo no encajaba. ¿A dónde se había ido todo el mundo? ¿Acaso no se encontraba en el bosque en una carrera contra su peluda y fatídica adversaria? –Claro, por supuesto– suspiraba el reptil -sólo en sueños hubiera ocurrido....-.

PÁLPITOS DE TINTA

Apesadumbrada sobre mesetas combustibles de cualquier travesía que pudiera imaginarse, ahí estaba ella, coagulándose por su amiga soledad. Hace tiempo ya que se había conformado con soñar variopintas aventuras (y desventuras) durmiendo sobre su espalda. La mirada que antes se paseaba por su cuerpo, esa que la invitaba a quemar sus vergüenzas, desvistiéndola, haciéndola descubrirse, borrando ese burdo pensamiento de que era una extranjera en sus propias pieles, ahora se cruza de vereda, prefiere desconocerla, mientras camina con dirección al cadalso de los sentimientos que todavía la desarman, revelando su verdadera identidad. Los días habían perdido sus nombres, era vano recordar que al uno le seguía el dos, y que al tres el cuatro, o que las horas se descomponen en minutos y en segundos. Perdida en el cielo de durlock que le ofrecía

su cuarto, se había dejado ir, y no esperaba que alguien la abdujera de su inconsciencia, aunque a veces sus lágrimas dijieran lo contrario. No creía en esa burrada de medias o naranjas, de almas o gemelas, pero en esa oportunidad la corroía una ausencia muy presente que gritaba, arañándose la cara y pataleando, desde un vacío que se dejaba ver como la pieza faltante de un rompecabezas.

Y él, actual observador pasivo, se complacía con tenerla lejos para no arruinar la delicada figura que sus memorias componían de esa femeneidad que concurría casi con necesidad. Se comportaba como una abeja vieja, volando alrededor de ella, libando sólo con sus ojos el sabor de su piel. ¿Pero qué podía hacer? La imaginación que él suponía los hacía latir en la misma sintonía, había dejado de respirar. En su lógica de macho, su más preciada idea era suponer que podría soportar cualquier dolor, menos aburrirla, él debía ser una caja de sorpresas, de constantes irrupciones de la realidad, para evitar que escape de sus ambiciones. Confiaba tanto en las palabras que pronunciaba que prefería renunciar a otro tipo de comunicación que pudiera acercarla a ella, entendiéndose sólo con el lenguaje que él había inventado: el amor. El momento indicado para dejarlo colarse en su mente, bajar hasta su boca y así importunar a su oyente predilecta con las argucias más rebuscadas, era cuando estaba inspirado. ¿Y ella dónde estaba en todo esto? La historia “romántica” que ese soñador había iniciado

tenía un protagonista y un reparto de actores secundarios y extras de lo más numeroso: él mismo.

Un día, cuando la magia de sus ilusiones dejó de amarrarlo y de exprimirle el cerebro, decidió buscarla nuevamente. Estaba en el mismo lugar que la había dejado, o eso creía. Quería refrenar su marcha y detenerse a reflexionar lo que haría, ¿Qué cambiaría? ¿Elaboraría otro discurso más persuasivo, esquematizaría un mejor plan? El lenguaje en el que tanto se había fiado se desintegraba grano a grano al mismo tiempo que sus pies lo acercaban a su encuentro. Una rara vibración hizo que comenzara a levantarse del suelo en el que descansaba de su cotidaneidad. Crujía estrepitosamente mientras se despegaba de su segunda piel, y doblando un poco el cuello notó por el rabillo del ojo que una sombra se aproximaba. Se negó a agitarse y apresurarse para contemplar a aquel fantasma, no quería arreglarse para cuando fuera asaltada por aquella ilusión, pretendía acogerla sin ornamentos ni maquillajes. “¡Cómo si existiese una actitud que pueda predisponernos para recibir adecuadamente al asombro!”, murmuraba mientras giraba lentamente su torso, y... De repente, vio de quién se trataba.

Por un instante, ninguno de los dos parecía decidido a decir algo, aunque era muy probable que hubieran acordado implícitamente con sus miradas hablar una lengua con la cual, aunque les inspiraría más dudas que certezas, harían entender hasta a las rocas lo que estaba pasando. Él la tomó

delicadamente con una mano de su cintura, y con la otra empezó a trazar sobre su piel el boceto de barbilla, cuello, pecho, y ombligo que tanto había esperado plasmar, pero, de un momento a otro, cerró los ojos para dibujar a ciegas, liberándose de sus maquinaciones, permitiendo que el cuerpo que tocaba le hiciera ver de una forma a la que no estaba acostumbrado, recorriendo cada poro del relieve, como si una especie de braile lo guiara en comprender el desafío que le presentaba aquella cálida esfinge. Era extraño, pero ambos hallaron un hilo de cordura en el arrebato, concentrándose en la respiración del otro, sintiendo cómo se aceleraba y pronosticaba un huracán que expulsaría una energética voz, que descubriría el gozo que guardaban entre sus gargantas.

“¿Ahora lo entendés?”, preguntaba ella, haciendo que las palabras se deslizaran temblorosas por sus labios, siendo víctima de las caricias que la hacían retorcerse y enrollarse. Y él, deseando la posibilidad de que era la lucidez de su razón la que lo hacía disfrutar ese momento, le contestó: “Te volví a fallar, y a partir de hoy lo remendaré, escribiendo para esconder el sentido del lenguaje que uso, incluso de mí mismo, exponiéndome a la más abismal inseguridad. Apoyaba mis dedos sobre ti como si me hubiera preparado para ello, culpándote de mis frustraciones secretas, consultándole a mucha gente en qué me equivocaba, siendo que la respuesta era tan simple...”. Así, el escritor calló, y

volvió besar la hoja en la que tanto extrañaba plasmar sus sentimientos, o mejor dicho, volcarse. Y ella, resucitó del limbo existencial al cual fue condenada por su inactividad, quebrándole los dientes al destino, permitiendo mordidas de aquella criatura que tanto añoraba. Los sueños se volvieron maderas polvorrientas que antes componían los cercos que la protegían de perderse en otros jardines en los cuales no se sentiría la flor entre las flores. No tenía sentido hablar de parpadeos o despertares, pues no sabían cómo referir precisamente a la exterioridad que él y ella creaban cuando estaban juntos, construyendo un Edén bien perdido, inalcanzable para cualquier cavilar (sin excepción), siendo sus deseos las llaves que abrirían ese paraíso que los incluía solamente a ellos dos.



Maria Llo
1999

Ilustración por parte de la artista plástica Mónica Cabo.

Contacto: E-Mail: victoriamcabo@gmail.com

Facebook: https://www.facebook.com/monica.cabo.35

Florencia Magali Díaz: Tiene 18 años, nació en General Alvear Mendoza. Ha terminado el nivel secundario, y actualmente se encuentra cursando la carrera de ENFERMERÍA PROFESIONAL. Escribe desde los 13 años, y ha participado en varios concursos. Tiene diversas formas de inspirarse, es muy apasionada con todo lo que hace, escucha y ve, pero una de las cosas que más le inspiran son las personas que tienen pasión, la música y la naturaleza que la rodea. Tiene una sensibilidad muy especial que le ayuda a escribir con sinceridad.

PARTIDA...

Fue una partida
repentina,
sin despedida...
sin aviso.

Como una estrella fugaz,
pero notable,
como la brisa fría,
que se llevó la felicidad
de quienes te querían,
de quienes no esperaban
tu partida,
de quienes te siguen extrañando,
de quienes esperan tu regreso.

Fue una partida
sin un adiós,
sin un beso,
que después de la agonía,
la nostalgia,
del dolor,
el alma vacía se curará
con el reencuentro de los cuerpos
y del brillo de los ojos.
Y en la espera por verte
la esperanza abraza,
y habla de lo magnífico,
perfecto y reconfortante
que será.

Fue una partida
sin un saludo,
sin una última mirada,
como una tormenta
que después de la perturbación,
la lluvia y el frío,
sale a exhibirse el sol,
y su arcoíris,
pintará el corazón
con calma y alivio.
Fue una partida
sin un abrazo.

Fue singular,
especial,
incomparable
a las demás despedidas.

Fue doloroso,
pero esperanzador,
porque tu recuerdo
le daban vida a los días.

Con tu partida comprendí la vida...
Comprendí que ella es un tren,
que carga los momentos...
hacia otros rumbos,
que carga a las personas...
hacia otras vidas...
hacia otros corazones.
Este tren tiene más...
más de lo que se le resta al corazón...
más de una partida,
y menos compañía,
más de un adiós,
y menos principios,
más de una despedida,
y menos regresos,

más de un “te amo”,
y menos palabreríos,
más de una muestra de amor,
y menos frialdad,
más de un “te extrañaré”,
y menos desolación,
más de una espera,
y menos atropellos,
más de una angustia,
y menos de tu presencia.



*Imagen realizada por la artista plástica
Bettina Coggiola Subiabre
Instagram @bettinacoggiola
Facebook: Bettina Coggiola Subiabre*

“LA PASIÓN ES UN ARTE“

La pasión es un arte,
que no se aprende,
que se siente en el interior.
Es innato en el ser que la posee,
que se refleja en el cuerpo y en la mente.

Es un arte que se siente con el corazón,
y se aprecia con el alma.
Se transmite,
que hace que los ojos del espectador brillen,
el pecho arda y se hinche.

El arte de la pasión
hace que la vida se vea de una forma peculiar.

Como cuando el alma
ya no baila al compás de la música,
si no al ritmo de lo que dicta el corazón,
que hace que el cuerpo se llene de color.

Como cuando las melodías,
crean nuevas canciones, llenas de grandeza,
con voces que salvan,
que penetran el cuerpo y llenan el alma.

El arte es una expresión del alma,
a veces tangible, otras abstractas,
otras veces ambas.

Como un pincel,
que retrata lo hay en su interior,
sin definirse por el color ni la longitud,
sólo por lo que formó y dejó.

Como cuando el alma se quiere expresar,
pero no sabe cómo comportarse,
porque no tiene cordura para hablar.
Entonces escribe
para dejar de hablarle a la mente,
liberar el cuerpo y el corazón.
Embelliendo ideas y letras,
transmitiendo los sentimientos mudos.

El arte es el refugio del alma,
que nos ayuda a escapar de la realidad,
haciendo que nuestro ser se conserve en la eternidad,

por todo aquello que dejamos, y no se vio,
sólo se sintió.

SER...Y NO SER

Era una Musa llena de color, de anhelos,
con un arcoiris en su rostro y con olor a confianza.

Era una Musa que comenzó a sentirse perdida,
porque partió, desde el lugar que le brindaba tanta paz e
inspiración.

Porque cuando partió hacia otros rumbos
comenzó a sentir las noches vacías,
sin ganas de escribir lo que se encontraba en su interior.
Y allí era cuando recordaba... su lugar,
tan verde, con sus tardes cálidas,
con su sombra de álamos, que le daban la vista de un
cuadro
donde solía estar, para que su inspiración llegara,
pero sabía que eran recuerdos que llegaban a su mente.

Era una Musa, que sentía que su alma y su esencia se
encontraban allí,
donde su cuerpo y mente deseaban estar.

Y cuando se fue, perdió,

perdió las ganas de expresarse,
sin poder salvarse de la presión
del mundo, de la vida y de las personas grises.

Era una Musa, sin inspiración,
una musa nublada
por tanta negatividad que la rodeaba.

Era una Musa que anhelaba volver
al pueblo que llenaba su alma,
y que ella tanto amaba.

Pero eso era, una Musa perdida,
en una ciudad nueva y vacía,
entre otra gente, otros sentimientos y pensamientos.

Entonces volvió,
volvió para poder ser,
ser letras plasmadas en hojas,
en la piel de aquellos que la sienten en cada verso.

Volvió para poder ser,
ser una musa del arte,
de hablar con el alma
y pensar con el corazón.

Volvió para poder ser,

ser feliz siendo parte de su pueblo y de sus raíces,
ser luz, sombra, aire, calor, ruido y paz.



*Realizada por la Ilustradora y Diseñadora Gráfica,
Johanna Alfaro.*

Contacto: Facebook: <https://www.facebook.com/alfarojoha>

Tel.: 261-2473674

José Ignacio Melis: Tiene 27 años, abogado y docente universitario. Escribió su primer libro a los 21 años. “Las historias son la herramienta más poderosa para comunicar lo que hacemos”.

FINAL

En todas las historias hay un momento definitivo. Es el día en el que feliz o infelizmente comenzamos a transitar un nuevo camino. Sin retrocesos. Sin tiempo ni espacio para la nostalgia. Sin lamentos, pero sí con la frustración por los sueños que no fueron y por la sensación desgarradora de haber dejado escapar la oportunidad para ser feliz.

Nosotros no éramos ingenuos. Los dos sabíamos que nuestro final era inminente. Los últimos días ya venían siendo durísimos, sufríamos mucho y sólo faltaban algunos episodios especiales para enterrar las ruinas de lo que alguna vez fue nuestra historia.

El destino estaba escrito. Todavía no amanecía y los dos lo sabíamos.

Había llegado el día en que sin mezquindades, ni vacilaciones, ni reproches, le diéramos el digno final que se merecía.

Yo, que para ese entonces ya había pensado y repensado la llegada de este día, de pronto comprendí que no sabía nada.

Ella se levantó primero, en un horario inusual, algo más temprano que de costumbre; mientras que yo permanecía atónito, pasmado en la nube más distante de la estupefacción.

Creo que primero me miró. No puedo asegurarlo. Lo que sí puedo asegurar, porque recuerdo cada uno de los quince pasos que dio hasta el baño, es que abrió la canilla de la ducha y el vapor se comenzó a esparcir.

Con su sangre que bullía al compás del agua vaporosa, me acerqué para observar (aunque fuera por última vez) como las gotas iban cayendo sobre su cuerpo y se detenían en el abismo de esos senos que tantas veces habría besado. Sutil atrevimiento el mío o tal vez un placer culposo que ya no volvería a repetirse.

Inmediatamente coloqué café en el colador de la cafetera eléctrica, calculando la cantidad precisa de agua para dos tazas.

Para nosotros constituía un placer fascinante contemplar el proceso de preparación del café. Ver el agua ennegrecida, el chirrido de las primeras gotas y el olor que invadía la cocina. Su perfume nos hacía sentir bien sólo con olerlo, tenía la capacidad de transportarnos a otros estados anímicos en una especie de tregua tácita entre los dos.

En estos últimos y penúltimos tiempos, comprendí, que

era éste nuestro único momento con un diálogo verdadero.

Luego fue ella quien apareció en bata sobre la mesa del comedor.

La escribo y la estoy viendo. Seria, impoluta, flaca, sin poder disimular la cantidad de kilos que había perdido en los últimos meses. Por un leve descuido, propio de la frialdad del día que se avecinaba, sobre sus piernas pude ver parte de sus glúteos, húmedos todavía.

Ella se sentó. Yo también lo hice. Y, frente a nosotros, el sonido del silencio ocupó su lugar irremplazable.

Le serví el café temblorosamente. Alargué mi mano hacia ella con la taza servida. Después llené la mía. Con la mirada le ofrecí las cosas que había sobre la mesa. Ella no aceptó nada, sólo se limitó a tirar unas gotas de leche en su taza de café. Todo lo realizamos silenciosamente, respetando el carácter hiriente de esa mañana terminante.

Ella fue finalmente la primera en probar el café y tuvo una reacción estremecedora.

Mi primera sospecha fue que tal vez la taza estaba sucia, que quedaban restos de detergente de algún eventual descuido al lavarla.

Levanté los ojos hacia ella y me miró sin recriminaciones.

En el mismo instante en que yo tomé el primer sorbo, pensé que podía ser el humo de la estufa el responsable de ese sabor por el momento incalificable, pero fue ella quien me lo dijo implacablemente:

–Tiene sabor a final.

Entonces me levanté. Le quité la taza de un tirón. Tomé la cafetera y volqué todo el líquido en el lavadero.

Yo estaba ansioso, desairado, saliéndome de la vaina. Abrí un nuevo paquete. Volví a calcular el agua para dos tazas y quedé de pie esperando que, gota a gota, se volviera a conformar esa porción de barro, esperé a que el agua llegara a la temperatura de 85°C.

Le serví otra vez. Ella volvió a probar. Me miró con tristeza. No dijo nada. Tomé de mi taza y la miré. Ahora fui yo el que gritó:

–Mierda! Tiene sabor a final.

Ella trató de calmarme. Me dijo con benevolencia que podía ser causa de la leche vencida y yo le grité que no había puesto leche en la taza.

En ese momento saqué todos los paquetes de café que guardaba en la alacena y con la punta de un cuchillo los fui abriendo, frenético palpé con mis dedos su textura fina y los granos sin moler, probé, escupí y maldije, hasta comprobar que todo el maldito café de la casa tenía el mismo inevitable sabor a final.

Ella no había probado ninguno y también lo sabía.

Volví a mi silla sintiendo algo así como un ladrillo en la garganta. Quería hablar. Quería decirle que juntos habíamos tomado millones de infusiones con sabor a olvido, con sabor a dolor, con sabor a miedo. Quería decirle que ésta

era la primera vez que el café tenía ese desesperante sabor a final. Pero no logré articular ni una palabra.

Ella se levantó de la mesa. Fue al vestidor. Se vistió lentamente. Avanzó hasta la puerta, tomó las llaves y el bolso.

Sabrá Dios, el diablo o quizás algún psicoanalista con prestigio académico, en qué pensó antes de abrir la puerta.

Finalmente retrocedió hasta mí para estamparme un abrazo frío que, créase o no, tenía el mismo sabor a final.-

María Cristina Valdés. Nació hace veintitrés años en General Alvear, Mendoza. Es una profesora de Lengua y Literatura que, a veces, sueña con ser escritora.

GRITAR

Gritar con cada átomo de oxígeno que alberga mi alma.
Traspasar, una a una, cada frontera que delinea el miedo
que alguna vez me hizo callar.
Olvidar aquel dolor que perfora y mata,
o, en nombre de ese mismo dolor, más fuerte gritar.
Romper cada límite que, ajeno, se impuso
y sentir cómo, al son de mi grito,
el cielo se estremece
al ver a las rocas temblar;
y sentir cómo, al son de mi grito,
la muerte se esconde,
la vida se mece,
al ver, por fin, al miedo quebrar.
Y sentir cómo, al son de mi grito,
el dolor comienza a menguar.

TUYA

Tuya por este instante en que te entrego mi alma,
mi sol, mi vida, alegría
tuya porque sos poesía.
Tuya porque mis letras no encuentran otro motivo

que el afán de tus ojos chinos,
que el sabor de tus labios fríos.
Tuya porque no quiero dibujar tu cuerpo en letras,
tuya porque no puedo evitar que seas poema.
Tuya porque tu alma, que jamás me ha querido,
sabe en una mirada arrancarme mil suspiros.
Tuya por estos versos, pero sólo en este instante,
porque éstos son los finales amores que te dedico.



*Imagen realizada por la Ilustradora y Diseñadora
Gráfica, Johanna Alfaro.*

*Contacto: www.instagram.com/alfaro_joha
Tel.: 261-2473674*

Carlos Becerra (o Zed). Se aficionó por la lectura desde chico y empezó a escribir alrededor de los 13 años. Sus géneros favoritos son el terror, la ficción y la fantasía épica.

VINGANÇA

Para Oliverio era fácil desempeñarse en su trabajo como guía en la selva amazónica. Sobre todo, después de haber sobrevivido en ella, solo, durante 20 años, así que no era algo de lo que tuviera que preocuparse. El camino de su recorrido era siempre el mismo porque era muy peligroso aventurarse más allá con personas que jamás habían pisado una selva. Sin embargo él disfrutaba de su labor.

Uno a uno los fue llamando, explicándoles el recorrido y brindándoles los objetos necesarios para la travesía, mientras les daba indicaciones de cómo tenían que actuar en ese mundo herméticamente aislado por la vegetación. Finalmente se adentraron en la densa jungla. Todos en fila india, guiados por Oliverio.

Luego de una hora de marcha uno de ellos se dio cuenta que uno de sus compañeros de excursión había desaparecido. Pero Oliverio los calmó explicándoles que, en primer lugar, todos habían entendido a la perfección como

volver al campamento en caso de que algo sucediera. En segundo lugar, todos tenían los elementos esenciales para poder lograrlo. También añadió que era algo frecuente que eso sucediera, que en todos sus años como guía nunca nada había salido mal. Y así fueron desapareciendo uno a uno entre los árboles y los matorrales.

Pero lo que nadie sabía era que Oliverio, en su venganza contra el mundo por haber sido olvidado en esa selva, la que había tenido que conocer muy bien, les había dado indicaciones erróneas a cada uno de ellos. Así nunca volverían a la sociedad. Esa era su ofrenda a quien le enseñó a sobrevivir, a quien él consideraba su madre, su dios.

OTRA OPORTUNIDAD

— ¿Puedes ver algo? — fue lo último que escuchó en el inmenso vacío. Se encontraba en un espacio atemporal. Era como una mota de polvo flotando en la inmensidad del espacio sin estrellas. Quizás haya sido negro, quizás haya sido blanco. Tal vez era frío o tal vez cálido.

De repente se encontraba en una terraza llena de macetas con plantas y flores. Era su primer recuerdo de cuando tenía unos tres años. Acto seguido comenzó a pasar toda su vida en imágenes estáticas, una tras otra; era como una proyección de fotografías, solo que en lugar de fotos eran sus recuerdos. ¿Por qué habían venido a él estos recuerdos? Sin embargo dejó que éstos siguieran su camino. De pronto sintió miedo,

pavor. Las imágenes empezaron a pasar como una vieja película en un proyector. Cuadro por cuadro mostraron a un hombre de aspecto siniestro que estaba parado detrás de alguien más, esa otra persona era él. Vio como sacaba de su bolsillo un destornillador y lo apuñalaba. Ensañado y sin remordimientos no paró hasta que su víctima quedó completamente inmóvil. La sangre empapó toda la alfombra de la sala. Ni bien terminó su cometido se puso el sombrero que había volado con el frenesí del ataque y abandonó la habitación.

Después de esto todo volvió a ser como antes. Y escuchó la voz del comienzo que le decía y advertía —Tendrás tu venganza, pero tendrá consecuencias—.

— No me acuerdo cómo llegué hasta acá — dijo. Lo repitió un par de veces y a lo lejos escuchó a alguien que llamaba a un doctor.

Habían pasado nueve años desde que lo llevaron a ese hospital. Nueve años en una especie de coma profundo donde sólo fue un cascarón vacío, donde su cuerpo sólo reaccionaba a las necesidades biológicas más básicas. Nueve años sin emitir una palabra, siendo un ente. Al menos eso fue lo que le dijeron los médicos y enfermeras encargados de cuidarlo.

Tiempo después ya recuperado fue a ver al psiquiatra, quien le dio el alta sin prestarle mucha atención y sin responder una sola de sus preguntas. El médico se paró y del perchero tomó un sobretodo negro y un sombrero y

se marchó dejándolo solo. Sin embargo logró reconocer el sombrero, por esto identificó el rostro, aunque algo más viejo, era el mismo que el del asesinato, el personaje siniestro que había visto. Apurado y nervioso tomó un abrecartas junto con un sobre que había sobre el escritorio y salió detrás del doctor. Para su suerte, el psiquiatra salió caminando, por lo que pudo seguirlo fácilmente. Llegó a un cementerio a unos pocos kilómetros de la ciudad.

Vio como abría una pesada puerta de un mausoleo y entraba en él. Sigilosamente entró a la edificación y por la espalda lo apuñaló repetidamente con el abrecartas. Antes de salir se agachó a tomar el sombrero del médico y vio en una de las tumbas una pequeña foto con su antiguo rostro. Antes de ser traicionado por su hermano. Salió, cerró con llave y la guardó dentro del sobre, que luego deslizó por debajo de la pesada puerta.



Manica Cato
2019

*Ilustración por parte de la artista plástica
Mónica Cabo*

*Contacto: E-Mail: victoriamcabo@gmail.com
Facebook: <https://www.facebook.com/monica.cabo.35>*

DESAPARECIDO

Las cosas no iban bien en el país. Eran tiempos revoltosos. La crisis arreciaba cada vez más. Las personas querían respuestas pero nadie se atrevía a hacer las preguntas.

Eric era un buen sujeto, de unos 28 años, tenía un trabajo de medio tiempo en una tienda local y periodista independiente por afición. Siempre buscaba que las personas a su alrededor se encontraran bien. Pero nunca nadie sospechó lo que podía llegar a pasar.

Un día de repente dejó de ir a trabajar, de frecuentar los lugares comunes y nadie lo volvió a ver por el barrio. Los vecinos comenzaron a preguntarse por él, su jefe llamaba todos los días a su casa, pero nadie respondía. Y el correo se acumulaba en su puerta.

Los rumores empezaron a circular. El rumor que decía que había huido porque era un sospechoso buscado por la policía fue el que tuvo más aceptación en la comunidad. Pues, el muchacho llegó un día al pueblo y nadie supo de dónde. Ningún vecino o allegado a él sabía nada sobre su vida antes de esto.

Alguien hizo una denuncia anónima sobre su

desaparición, la policía investigó y no pudo dar con el joven. Su casa estaba vacía y no se encontraron datos sobre su posible localización. Pasó el tiempo y la gente lo fue olvidando.

Pero luego de un tiempo, alguien dijo haberlo visto vagando muy tarde por una calle muy oscura, tiempo después otra persona dijo lo mismo, sólo que en otra calle y así continuaron los relatos que contaban en donde lo veían, y lo único que concordaba siempre era su vestimenta y que frecuentaba calles poco concurridas y, a lo sumo, pobemente iluminadas. Eric, se convirtió así en una leyenda urbana. Hay quienes dicen que todavía, de vez en cuando, aparece en las calles olvidadas del pueblo.



*Ilustración a cargo de la Artista plástica
Claudia Pérez
Contacto: Tel: 2615 56-4412
Facebook: Claudia Perez*

TATIANA IRIARTE

I

Mi pequeña niña de los girasoles,
te ocultas en el nido del mundo,
con los colores de tu alma habitas todas las memorias.

Te busco en pequeños susurros al viento;
con la cara de la noche, te nombro;
con ausencia derramada, reclamo tu voz.

¡Qué enorme se hizo el mundo!
¡Qué obscura sin tus ojos es ahora la mañana!
Pero cantas y en algún lugar nacen agapornis,
suspiras y se empluman todas las golondrinas...
¡Qué poder el de tus ojos que todo lo viste de luz!

II

En tu infierno musical se han perdido todas las
palabras.

Junto a ti, niña ciega del alma, se han ido todos los
silencios.

El jardín, es la jaula y el pájaro con que te finjo.
El fondo, todos los matices de tus sombras.

Han caído las hojas de tu Árbol de Diana.
Las velas de tu vestido rojo, se han ido apagando una a una como la noche.

Este instante está ya olvidado, como tu anciana, como tu niña...

Olvidado como tus ojos de 36 años que aún no dicen nada.

El lugar del deseo es donde sangran tus sombras,
donde huyen tus ojos,
donde callan tus versos.

Pequeña viajera:
has hallado el jardín...
todas las flores están muertas.



*Realizado por el Artista plástico Marcelo Andrade Pérez
Contacto: Tel: +56957308776
Facebook: Marcelo Andrade Perez*

Gabriela Chiapa. Desde pequeña siente atracción por la literatura, gusto fomentado por su madre. Escritora autodidacta, motivada por su curiosidad y por la lectura constante decide escribir obras propias descubriendo la pasión por el cuento corto y abocándose al género fantástico, donde abundan fantasmas, en el sentido romántico de la idea.

TALISMÁN

Detrás de esos ojos se guardaba un secreto. Se veía un alma encerrada, gritando por su libertad, pero resignada a su confinamiento en ese cuerpo ya rígido de aceites y lienzos. Cuando los vi quede absorta ante cada detalle en sus pupilas, intentando en vano desenterrar la historia que escondía detrás de tanta belleza. No eran ojos exóticos, eran más bien comunes, no era eso lo que atraía a mirarlos. El color marrón de ellos encerraba una cierta magia.

La primera vez que la vi, posaba en una fotografía en el margen superior del lienzo del artista. Él estaba observándola, absorbiendo cada minúsculo detalle de la muchacha que posaba allí. Morena de ojos marrones, cabello largo y espeso. Lo saludé pero ignoró mi llamado. El artista estaba creando su obra en su cabeza. «Es su musa» escuché detrás de mí, una mujer mayor de sonrisa contagiosa se me acercaba para recibirme.

—Me parte el alma verlo así, hace meses que solo observa

la fotografía y nadie sabe por qué —ambas mirábamos al artista y al lienzo en blanco a la misma vez. De golpe se dio vuelta y me atendió invitándome a beber una cerveza. Extrañamente fue amable y gracioso, como ignorando que había estado con el pensamiento en otro mundo. Pasamos el día sin ningún sobresalto, como los grandes amigos que una vez habíamos sido. Aunque, no me animaba a preguntarle nada sobre esa fotografía. Si algo recordaba de él era su predilección por la comida picante, acompañada de unas cuantas cervezas bien heladas. Casi todo era como siempre, las charlas, las risas, las mismas frases; pero algo andaba mal, lo sentía en su mirada, se perdía en algún horizonte que no podía comprender.

Llegamos un poco mareados a casa listos para dormir y, como siempre, me tocaba el futón. Fui directo hacia él y me desplomé, casi al instante me dormí profundamente. Una mezcla de imágenes mareaba mi cerebro durante el sueño, la sensación de estar en una pesadilla sin poder escapar hizo que me despertara sobresaltada. Intentaba ubicarme en el espacio-tiempo, quitándome las telarañas del sueño, cuando vi a mi amigo parado frente a su lienzo, aún en blanco, abstraído con la fotografía delante. De repente comenzó a mover sus manos. El pincel parecía una máquina autómata, que volaba entre los dedos del pintor, la paleta, con los óleos dispuestos desordenadamente, parecía una obra de arte en sí misma. Ni siquiera miraba a su alrededor, solo su mano se movía indiscreta por las sinuosas curvas que iban reflejando el cuerpo de la muchacha morena. Su mirada no se movía ni un milímetro de la fotografía, fija en ella, dejaba que su pincel fuese el que hablara por él. La oscuridad nos

envolvía, solo una vela iluminaba la escena de mi amigo pintor y su obra. Para él no era necesario más que eso, se sabía de memoria cada detalle que debía plasmar.

Todavía me quedaban rezagos de una suerte de borrachera, volví a desparramarme en el sillón. Dejé a mi amigo ahí con su arte a flor de piel, nunca mejor dicha esa frase. Me olvidé del asunto y hasta cerca del mediodía no me levanté. Cuando pude reincorporarme, el artista ya no estaba frente a su pintura, vi el cuadro tapado con otro lienzo encima. Busqué algo de comer y como no había ni siquiera café para preparar, decidí salir a pasear en busca de alguna cafetería cercana. Le mandé un mensaje a mi amigo para que se acercara apenas pudiera, así almorcábamos juntos alguna pasta en el restaurant a la vuelta de su casa. Aproveché ese tiempo entre medio para seguir con mi lectura que había quedado trunca al bajar del colectivo. Llegada la hora, esperé un buen rato pero no aparecía nadie y ni siquiera respondía los mensajes. Yo sabía que algo raro pasaba dentro de Marcelo, pero preferí no hacer teorías sin hablarlo directamente con él. El hambre me estaba carcomiendo el estómago y decidí pedir la comida, total, él se lo perdía. Volví a su casa al finalizar el postre, que era un flan casero de esos que parece que tocaras un mundo mágico de dulzuras y no querés terminar. La casa seguía vacía, ni Marcelo ni la mujer mayor se encontraban allí. La pintura seguía tapada y en el mismo lugar. Me senté frente al lienzo, tratando de encontrar qué era lo que llamaba tanto la atención de mi amigo pintor, la fotografía ya no estaba, los pinceles seguían embadurnados de óleos y todo parecía en su lugar. Si hay algo que me caracteriza es mi alto nivel

de ansiedad, es lo que me llevó a destapar la pintura sin permiso de nadie. Y allí estaba ella, con todos sus detalles, con esos ojos marrones tan atrapantes y seductores. Cada cabello era una pincelada precisa, el borde de su vestido mostraba hasta las costuras que tenía, y el collar... ¡Ese collar azul que no recordaba en la foto! Era lo más realista que había en la pintura, casi daban ganas de tocarlo para saber si era pintura o colgaba de verdad en el cuadro.

La pintura me atrapó en ese instante. Y comencé a notar esa sensación de alma encerrada. ¿Cuál era el secreto detrás de esa imagen? La historia estaba allí, entre los ojos vivaces que parecían seguirme hacia donde me moviera y ese collar azul que saltaba de la pintura.

La mujer mayor apareció hacia mitad de la tarde y titubeante me dijo que tal vez Marcelo se habría ido a dar una clase. Yo tenía el pasaje de colectivo en la mano y tenía que irme sin poder despedirme. Aún los mensajes no eran leídos por mi amigo, pero no me quedaba otra que saludarlo a través de ellos. Pasaron unos días y sonó mi celular. Era la policía de Maipú que me interrogaba por si conocía el paradero del artista plástico Marcelo, en su celular había mensajes míos y por eso decidieron contactarme. La mujer mayor había hecho una denuncia declarando que su profesor de arte no aparecía hacía tiempo, sin responder llamadas ni mensajes. Me citaron para hacer una declaración, por lo que tuve que viajar hasta allí y sentarme frente a un oficial, su interrogatorio me pareció una eternidad. Me pidieron hasta el detalle de lo que comí en el restaurant, qué hice en cada paso que di y por qué me había marchado sin esperar la llegada de mi amigo. Volví luego del interrogatorio hacia

la casa de Marcelo, traté de buscar alguna pista de donde pudiera haberse ido. No había nada. De su gata se habían hecho cargo los vecinos acercándole comida, ella no se separaba de la pintura, que aún estaba tapada con el lienzo, tal cual la había dejado días atrás.

Detrás de esos ojos marrones se escondía algo, lo presentía. Me seguían en cada paso, parecían vivos detrás de esa capa de óleos y aceites. Mi amigo no volvió a aparecer. Dejaron el caso a medias por carecer de pistas. Interrogaron a la muchacha morena de la foto, pero ni ella sabía siquiera que Marcelo tenía su retrato. Solo dijo a la policía que él le había declarado su amor mucho tiempo atrás, viviendo un corto romance porque la situación era “complicada”. Me llevé la pintura y a la gata a mi casa. Y cada vez que pasaba delante de ella sentía una angustia que me oprimía el pecho. La gata no se movía más que para comer y hacer sus necesidades. Había una historia detrás, sí, eso lo sé con seguridad, pero nadie me contó cuál era su secreto. Saqué varias conclusiones del paradero de mi amigo, pero ninguna correspondía a una respuesta real.

Una noche mientras cenaba y, le daba de comer a la gata, miré de reojo el cuadro y saltó a mi vista el collar. La mujer no llevaba collar en la foto, eso era seguro. Desde ese ángulo bajo pude distinguir que algo se movía en la pintura, como una mano que intentaba salir del collar azul. Era de noche y estaba sola, el miedo me ganó y salí a caminar por la ciudad. Al volver más tranquila, miré el cuadro nuevamente. Estaba rasgado en varias partes, quedaban jirones de la pintura, casi deshecha en gran parte. Solo quedaba a salvo el collar y la mitad del rostro. Me acerqué para mirar más

detalladamente lo que quedaba y ahí lo vi. Dentro del collar, de manera muy sutil, se distinguía un cuerpo, era mi amigo que había quedado plasmado allí, con un grito desgarrador en su rostro y una postura suplicante. El ojo que quedaba sano tenía una chispa un poco satánica, parecía como si se riera, había logrado su cometido.

EL VIAJE DE TÍA ANGELINA

La tía Angelina era todo un caso. No pude conocerla en persona, sólo algunas historias que se contaban en la familia, y las recuerdo desde pequeño. Era un personaje que marcó mi vida, pues siempre que pasaba algo extravagante ameritaba la frase: “¡Cómo la tía Angelina, que era todo un caso!”.

Mi padre no nació aquí, en esta tierra cuyana. Él y dos de sus hermanos emigraron apenas cumplieron la mayoría de edad, pues estaban en excelente forma para trabajar en lo que fuera, lejos del lugar donde crecieron que nada tenía para ofrecerles. Fue así que llegaron a este pueblo con la ambición de tener su propia tierra y hacerla prosperar. Pero para eso primero debían hacer fortuna, era lo que se decía siempre que alguien quería llevar a cabo un proyecto así. En el viejo continente, les decían que aquí, en la tierra nueva, se hacía dinero rápido y sin mucho esfuerzo ya que había mucho trabajo, poca mano de obra y demasiada tierra libre.

Allí en su ciudad habían quedado sus padres, o sea mis abuelos, que tampoco pude conocer, y dos de sus hermanas, la tía Angelina y la tía Grazia. Y por si no lo notaron por sus nombres, eran de Italia. Mi padre, que era el menor de los tres varones, les había prometido que apenas pudiera

ser dueño de un terreno los mandaría a buscar. Siempre pensando en esa promesa del dinero rápido y fácil que se podría ganar trabajando aquí, en lo que se comenzaba a conocer como “la Argentina”, lugar casi mágico e increíble lleno de aventuras y por qué no, de riquezas. Así es que se marchó en un barco, todo apretujado con otros que llevaban a cuestas el mismo sueño, las mismas ansias, la promesa divina de un nuevo comienzo. El viaje duro más de un mes en esas míseras condiciones. El tiempo y el ocio provocaban entre los pasajeros algunas que otras charlas amistosas, riñas que llegaban a dejar marcas, y se forjaban amistades con promesas de reunirse una vez en tierra. Y tal vez, algún que otro romance que terminaría en boda al pisar el nuevo continente.

Pero las cosas nunca son como se las pintan y uno termina creyendo en cuentos maravillosos donde la tierra es rica y las plantaciones crecen en toneladas y todos son felices y viven de fiesta porque la fortuna les sonríe, y no comen perdices porque parece que aquí aún no se criaban. Eso sí, que vacas y gallinas había por montones, sobre todo para vender el cuero, que luego volvía hecho cinturón, bolso o sombrero y se pagaba el doble, como ahora. Eso creyeron siempre de este continente: todo era grandioso, todo era gigantesco y todo era de color dorado como el oro que supuestamente sacaban de las montañas. Así de mágico ellos creían que era. Y no, se encontraron con una tierra blanca por el salitre que invadía todo y no dejaba crecer nada y la tierra dura como piedra, pues solo se veía monte llano, algunas plantas como el algarrobo o el chañar y arbustos ressecos y mucho no se podía hacer con ellos.

Pero como eran hombres fuertes y entre los tres trabajaban muy duro, pronto pudieron ir haciéndose de un poco de

dinero y reconocimiento de algunos patrones. Como la extensión de este pueblo en crecimiento era enorme y no había quién pudiera ganarle al monte, pronto algunos terratenientes empezaron a vender aquellas parcelas que eran más difíciles de trabajar. Lo hacían por muy poca plata, a veces hasta lo dejaban en especie de comodato para que el inquilino la trabajara y luego de cierto tiempo de pago pudiera acreditarla como propia.

Resultó que eso pasó con mi padre y sus hermanos, así lograron hacerse de una finca pequeña. Por supuesto que el trabajo era más sacrificado pero como el resultado era obtener el papel que certificara que eran dueños de ella, todo valía la pena. Primero un ranchito de paja y barro, algunas verduras que lograban salir a pesar del salitre, una que otra planta de diferentes frutales como el durazno o damasco, hasta probaron con poner algunas viñas. Así fueron creciendo hasta poder tener una producción, digamos, de moderada a sustentable al menos para ellos tres.

Uno de esos terratenientes tenía un hijo soltero que no valía más que el aire que respiraba, pero era su único heredero y quería casarlo cuanto antes, creo que para sacárselo de encima y ver si era bueno en algo. Por supuesto esto no se lo contaba a nadie y son suposiciones mías, que a lo largo de la historia me confirmaron estas sospechas. Este señor se enteró de las hermanas de mi padre y les prometió que él iba a hacer los papeles y enviar el dinero para traerlas así podían vivir juntos todos los hermanos, la excusa era que por el gran trabajo que estaban realizando no tenía sentido esperar a que pudieran tener mayor fortuna, que él confiaba en ellos y quería ayudarlos.

Y aquí va este señor y hace todo cuanto prometió para traer a mis tíos a este pueblo, con sus propios planes por

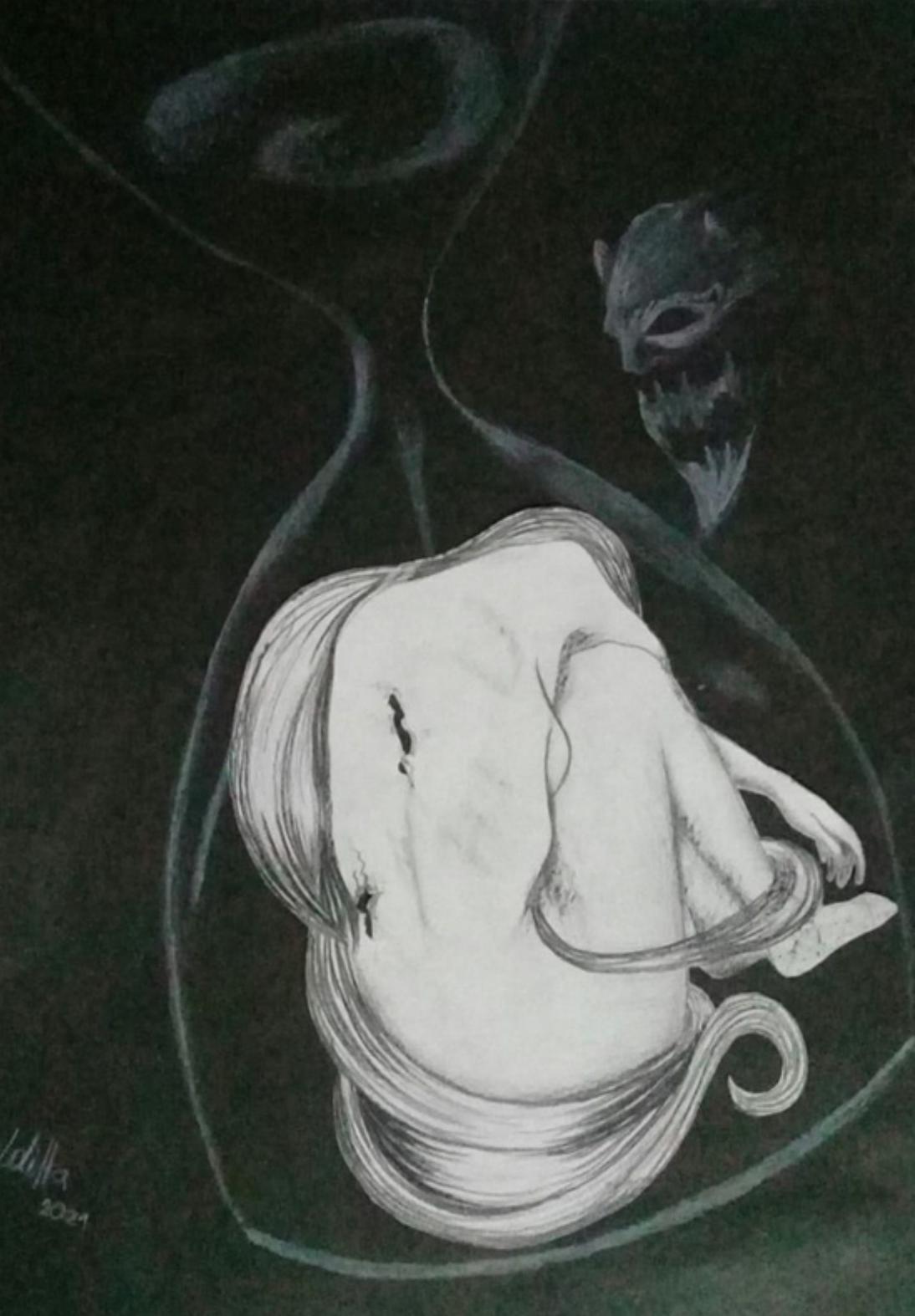
detrás. Mis tíos hicieron los preparativos, compraron el boleto de barco que las traería luego de tanto tiempo a esta tierra prometida y se presentaron a la hora indicada en el puerto. Mi tía Angelina, que era todo un caso, se fue a recorrer por ahí hasta que se hiciera la hora del embarco. Y al son de un silbato salió corriendo, muerta de miedo por perder de vista a su hermana que estaba demasiado lejos.

Tan rápido salió corriendo que tropezó con su propia falda y cayó manos al suelo. Al levantarse ya no tenía a la vista a su hermana Grazia pero no podía perder también el barco. Así que subió apenas divisó la entrada. Zarpó el barco. Ya en mar abierto se mecía y ella aguantaba lo más que podía las náuseas que le provocaba ese meneo del oleaje y cuando al fin pudo recuperar un poco el aliento, empezó a buscar a su hermana. Eran tantos pero tantos quienes estaban embarcados que, durante días de búsqueda, no pudo hallarla y pensó que al desembarcar podría reencontrarse con ella. La mayor parte del tiempo se la pasó durmiendo para mitigar la descompostura que le generaba el viaje, o haciendo amistad con algún “tano” que se le acercaba. Tía Angelina era una persona muy sociable y eso la hacía feliz, por eso en poco tiempo conoció a mucha gente, aunque por desgracia, seguía sin encontrarse con su hermana.

Pero, como mi tía Angelina era todo un caso como siempre me dijeron, al llegar a tierra firme y desembarcar notó que las cosas no eran como les habían prometido. Su hermana no aparecía y al escuchar a las personas del continente hablando, no entendía ni “pío” lo que decían. Y pensó: ¡Vaya! ¡Hasta el idioma es una maravilla de extravagancia aquí! Y fue ahí que acertó a mirar al barco como para despedirse y leer en enormes letras blancas que el destino decía: Australia.

Y no le quedó más remedio que hacer su vida allí. Pero con la firme convicción de no aprender nunca el idioma. Creo que fue como un castigo autoimpuesto o como una forma de rebeldía, pero cada vez que la llamábamos al pasar los años ella siempre respondió:

Chi parla? Guon moment plis.



*Imagen realizada por la Artista plástica
Lorena Mielniczuk
Contacto: Tel: 2625 51-2303
Facebook: Lorena Mielniczuck*

Germán Ferreira: tiene 26 años de edad, es de General Alvear, Mendoza. Profesor de educación secundaria en Lengua y Literatura y músico de folklore contemporáneo. La inspiración la busca en la detenida observación de la realidad, aquella que de alguna manera penetra en cada ser. Desde la palabra y la música intenta reflejar las penurias y alegrías del hombre.

LA OSCURIDAD

Viene la oscuridad
a engullir las horas sin
piedad
y en el trajinar sediento
despedir todo el desierto.

Cae la pesada sombra
sobre las espaldas rotas,
los brillos que van murien-
do
gritan a un dios de cemento

Tristezas alegres
brotan de un mar solemne,

arrastran las dolientes
sobre espinas de salientes

Se ve enceguecido
entre mundos dormidos,
los ojos despiertos
claman alivio al tormento.

La calma en pinceladas
de un lienzo atormentado
construye la corriente
cayendo en dolor soniente.

Pasos interminables
entre caminos tolerables
golpean el suelo roto
y fluye la sangre en vela.

Respiro profundo
al centro de uno mismo,
el monstruo está amansado
el ser se despierta acechado.

Luciano Burgos. Cuenta con la edad de 14 años y reside en General Alvear. Tiene preferencia por los relatos fantásticos y de ficción que tienen relación con el mundo de los videojuegos, incursionando en los cuentos

MIENTRAS DORMÍA

Un día más de la cuarentena, ya perdí la cuenta, me puse a jugar con mis amigos a un juego de castillo y dragones para pasar el rato. En un cerrar de ojos el tiempo avanzó, era muy tarde y me sentía cansado, mientras me despedía de mis amigos, la pantalla del juego empezó a parpadear y se inició una nueva partida. Me empecé a sentir raro, como que todo a mi alrededor se agrandaba, de repente surgieron del suelo castillos y estructuras medievales, miro a mi alrededor, estaba en un carro tirado por caballos, con guerreros que me llevaban al castillo.

Mientras me llevaban por un camino boscoso, dijeron que el rey quería conocerme (la primera misión había comenzado) mientras miraba el hermoso paisaje de los alrededores, se podía apreciar un dragón a lo lejos que venía hacia el castillo. Después de llegar, el rey rápidamente, me cuenta que hoy, los Borgianos, van a atacar, que necesitan de mi ayuda. Nos preparamos para la batalla, los Borgianos llegan con sus tripulaciones y catapultas, nos derrumban las murallas y el dragón llega, éste empieza a destruir todo el castillo

Pasaban las horas, la contienda se intensificaba y llegando a su fin, la segunda misión había comenzado. Teníamos que pasar la noche, sin protección ni nada, era muy peligroso ya que había muchos monstruos. Podía sentir la mirada del rey y sus soldados posarse sobre mí, como una especie de salvador de su reino. De un momento a otro, entre flechas, gritos, bolas de fuego, escuchó una voz que no correspondía con la situación de lamentos y gritos de guerra bárbaros, me pareció conocida, se escuchaba que una mujer de lejos me decía, “despertate”, “andá a dormir a tu cama”, era la voz de mi madre regañándome por la hora ya avanzada.

De un momento a otro, los escombros de lo que era un castillo, toda la fantasía de esa zona empezó a desaparecer, otra vez me sentía confundido, mareado. De un abrir y cerrar de ojos aparezco en frente de la computadora, voy a mi habitación mientras repaso lo sucedido. No me podía dormir, porque no dejaba de pensar en aquella guerra, lugar, paisaje, personas, quería volver de nuevo a ese lugar junto al rey y sus guerreros, elaborar estrategias, discutir mapas, formas que nos aseguraran la victoria.

Reflexionando, después de tantos días de encierro, mi sueño fantástico fue un deseo involuntario de estar en clase con el profesor (el rey), mis compañeros (los guerreros), los monstruos (las materias), los exámenes (los Borgianos).



*Realizado por el artista dibujante Leandro Giménez.
E-Mail: abuelomatias79@gmail.com*

Belen Obon: Tiene 27 años. Escribe desde muy pequeña, siempre poesía. Fascinada sobre todo por la poética surrealista. Actualmente se encuentra incursionando en diferentes géneros, como ficción y novelas juveniles. Escribir es la manera que tiene de volcar la conciencia de los momentos, de los pensamientos y de los

PORCELANA MARFIL

No recuerdo brecha más grande en mi vida que cuando nos mudamos a Mompox. Mi padre se había quedado sin trabajos hacían cuatro meses por el quiebre de la empresa donde trabajó durante más de veinte años. Ya era un hombre de cuarenta y ocho años, muy inteligente y activo pero la edad parecía ser un impedimento para desarrollar ciertas tareas.

Para nuestra la salvación - así lo creí - la abuela Ana, quien vivía en Mompox hacía más de once años y de quien escuché en ciertas ocasiones hablar sobre su fama de muy conocida y respetada, logró conseguir un trabajo para mi padre.

Mi imagen sobre ella es la pura idealización de aquel vínculo de ternura, mañas y galletas de avena. Casi no había pasado tiempo con ella, se mudó a Mompox en busca de sueños tardíos cuando yo tenía dos años. Pero siempre escuché a los compañeros del colegio hablar cosas

maravillosas sobre sus abuelos.

Si había alguien que no se sentía a tono con el cambio, era mi madre, que desde que tomaron la decisión la vi más apagada y distante de mi padre. Al parecer hubieron ciertos conflictos en el pasado, situaciones que claramente yo desconocía, nadie hablaba de eso y si preguntaba solo recibía balbuceos como respuesta. En realidad no es que me importe tanto el porqué, o simplemente quizás me confunde el hecho de sus palabras engorrosas.

El día de la mudanza fue algo estresante, sentía mucho frío, las puertas y ventanas de la que dejaría de ser mi casa estaban abiertas y el vacío se lucía abrumadoramente.

La sensación de emoción y ansiedad me acompañó durante todo el viaje, además por un tiempo nos quedamos en la casa de la abuela; imaginaba tardes juntas, haciendo galletas de avena y mirando una novela. Al fin tendría una compañía, en casa me sentía bastante sola. Mi padre trabajaba durante horas afuera de casa y mi madre se pasaba el tiempo limpiando y cocinando.

La cara de anonadada de mamá reflejaba preocupación. Las horas pasaban y el viaje se hacía interminable. De pronto muchas luces juntas a lo lejos, supe inmediatamente que habíamos estábamos en Mompox.

La casa de la abuela se veía oscura, cuadros en cada recoveco, como si cada espacio ocultara algo, en el fondo de la sala una puerta de algarrobo brillante como el barniz el de escalera. El aroma y el exceso de energía se hacían sentir.

No era ni siquiera parecida a como la había imaginado, claramente la imagen ausente de mi abuela en nuestras vidas tenía un porqué.

Los mire a mis padres y sus caras de preocupación atraparon mis sensaciones: me recorrió un aire por nuca, una sensación de escalofríos y ya no sé si soy yo o es mi imaginación: se hace eterno...

La presencia de la abuela se siente incluso antes de que ella aparezca, escucho sus pasos firmemente y con una coordinación de sonido indescriptible.

Son las cuatro de la mañana, se abre la puerta, seguimos sus pasos... Una ceremonia nos espera; una especie de sermón con palabras tan sutilmente unidas entre sí que genera una confusión absoluta de la realidad, del ser. Se me viene la cabeza la cara de mi madre y lo comprendo todo.

Detrás de mi abuela se asoman dos personas, consigo traen una llamativa bandeja de porcelana, sobre ella la sangre resaltado sobre el color marfil. Pienso en las galletas de avena, nada tenían que ver con sangre y delirios.

Caigo en la cuenta de que la manipulación se apoderó de la desesperación de mis padres. La idealización poderosa sobre mi abuela resultó tener un potencial inaudito.

Tengo dieciocho años y hace más de dos que no sé nada de mis padres, logré escapar una madrugada donde la sangre de algún animal corría sobre aquella fuente de porcelana. Aproveché la ceremonia que tanto los atrapa y consume de manera uniforme, entregados a todo tipo de culto que

los sacara de la desesperación. Del miedo a encontrarse con uno mismo y con la realidad que a veces es tan cruel.

Entendí que jamás podría eliminar las imágenes de esos años de mi cabeza (no en esta vida).

El pentobarbital va haciendo su efecto, me pareció una buena forma de despedirme. Elegí acompañarlo con un té canela, algo de limón y miel. Se parece a esa sensación ácida y dulce que me quedo de la palabra “abuela”.

Me quedan solo unos segundos hasta que haga efecto, lo elegí porque sabía que podría estar consciente hasta quedarme dormida y olvidarlo todo.



*Grabado
Imagen realizada por Emanuel Muñoz
Artista plástico y escritor.
Contacto: Tel: 2625-592963*

Emanuel Muñoz: Tiene 20 años, de General Alvear, Mendoza. Descubrió la pasión por la literatura a los 12 años, pero también con una tendencia hacia otros tipos de arte. Para él, son canales de comunicación que pueden entrelazarse. Es así que actualmente cursa el profesorado de Artes Visuales, disfrutando además de cualquier otra experiencia referida a este ámbito.

MÁSCARAS PELIGROSAS

Despertó esa tarde, en horas muy avanzadas. Su cuerpo estaba cansado, parecía que la cama lo atrapaba y lo hundía entre sus ropas, lo inmovilizaba. Sin embargo su mente no paraba, pues son muchas las cosas que uno debe afrontar luego de intentar socializar. Luego de una noche larga—Buena por cierto—donde su único objetivo era caerles bien... ¿A quién?

Esa pregunta lo incomodó tanto que consiguió sentarse en la cama. Ya los últimos rayos del sol se filtraban por la persiana, le indicaban el camino hasta el pasillo. Una vez más, al caminar sintió la sensación de flotar, atraído por las voces de la gente en la sala. Observo de lejos el panorama, su familia tomaba mates alrededor de la mesa mientras

conversaban de quien sabe que, parecía un cuadro distante e ignorante de su presencia.

Podría haberse planteado mil preguntas, aunque sin tiempo de responderlas a todas, dio dos pasos atrás hasta la puerta del baño. Recuerdo no sentir el frío del picaporte ni su conocido sonido—típico del óxido—mientras abría.

No prendió la luz aunque una cierta oscuridad lo rodeaba, al mismo tiempo que notaba algo extraño en su reflejo del espejo.

Parecía falso pero... estaba ahí. ¡Su pelo era en realidad más castaño! No se le veía mal pero pensó que mejor sería que fuera rubio por completo y como por arte de magia, su pelo se aclaró aún más. Como vanidoso ser humano, no podían faltar los ojos claros, imaginando lo bien que—ahora si—lo verían los demás. Pero nada podía ser perfecto ni mucho menos su mente, pues pensó que si este “espejo mágico” podía cambiar la apariencia a su antojo, también podría traicionarlo y convertirse en algo malo.

Automáticamente sus ojos tomaron un color negro intenso fundiéndose con sus ojeras las que también se oscurecieron. Su rostro empalideció y carecía de facciones. Su boca ya no sonreía, ni hablaba.

Cada vez que abría y cerraba sus ojos en un intento de cambiar, se mostraba la misma cara vacía en la que no se reconocía, y que le aterraba, aunque pareciese más un ser angustiado. ¡Eso es!—pensó—tal vez la alegría pueda curarlo.

Fue entonces su último intento de volver, miro su boca suplicante y comenzó a sonreír. Pero su reflejo se mostraba más como una obra del mal que una cara feliz. Yendo más allá largo carcajadas las que repetía con fuerza. Ya veía facciones de su cara tal como era antes, confió en sí mismo y siguió riendo, y más, y más, y más...

Desperté esa tarde muy tarde, atrapado por el cansancio en mi cama, aturdido por las voces en el comedor, y por los rastros de un mal sueño; ya el resto lo conocen.

Todavía podía sentir en mis huesos la desesperación de la lucha, no estaba atrapado en ese espejo, sino acá en la vida real en la seguridad de mi cama, tratando de buscar un significado de esa historia.

Podría ser un acto de inconciencia humana al valorar el físico por sobre la persona, un reflejo de lo que somos en realidad. O tal vez represente el peligro de usar “máscaras” para que los demás nos vean bien, mostrando solo lo que queremos. Ocultando un rostro inexpressivo.



*Imagen realizada por Emanuel Muñoz
Artista plástico y escritor.
Contacto: Tel: 2625-592963*

IMAGINACIÓN

Las cortinas azules se mueven. Es muy raro, hay tres ventanas en mi cuarto y solo las que dan al costado de la casa, las azules, se mueven. Y lo peor es que estoy enfrentado a ellas. Hago un esfuerzo por dejar no prestar atención a eso, canto canciones mentalmente o me tapo hasta la cabeza. Aunque en este punto me es inevitable pensar que, sea lo que sea, es mejor enfrentarlo antes que me sorprenda.

Me da mucho miedo, es que he visto muchas películas y series de terror. Los sucesos paranormales en ellas suelen manifestarse por medio de los objetos. Los espíritus juegan con nuestras mentes, intentan confundirnos hasta llevarnos a la locura. Demuestran su presencia moviendo lo que encuentren en su camino. Estoy empezando a creer que algo extraño pasa.

La leve brisa que corre afuera alcanza a agitar las ramas más finas de los árboles, desnudos por el frío otoño que los deja sin hojas. Sus sombras, reflejadas por la claridad de la noche o tal vez por las luces de la calle, dan al ambiente un aspecto escalofriante. Todo parece coincidencia para que algo esté a punto de ocurrir. Los cantos mentales ya se están convirtiendo en el conocido “chan” “chan” de suspenso,

como si protagonizara una película.

En la casa de al lado no hay nadie. Sus inquilinos se fueron hace mucho tiempo ya y no han vuelto a ocuparla. Nunca se me había ocurrido pensar en los motivos por los cuales la desocuparon. Pero ahora muchas teorías locas se me vienen a la mente. Podría ser un alma que trata de escapar y ahora ronda por mi casa, o rituales de esos de las túnicas largas con capuchas en los que se trata de invocar a un demonio. Es muy extraño, las casas abandonadas son aterradoras.

Me estoy levantando para ver qué pasa. Ya me había sentado en la cama y esperaba reunir el valor necesario. Bajo un pie, luego el otro mientras imagino algo que por debajo de la cama podría agarrarme. No lo puedo evitar. Como en las películas, aunque siento mucho miedo, me da mucha curiosidad. El corazón me está latiendo a mil, a cada paso respiro profundo. Pero al mirar descubro que solo hay un par de zapatillas y el montón de cosas que por flojera de ordenar pateo ahí abajo.

Para calmarme, voy recordando escenas de esas películas. Me doy cuenta que, en todas ellas, hay caserones en lugares inhóspitos y de no ser así son casas grandes y antiguas. Nada que ver a una casa chica de barrio como en la que vivo. Ya conseguí pararme por completo aunque el miedo me impide dar el primer paso.

En los sitios abandonados ocurrieron sucesos extraños. Nada de eso pasa en la casa de al lado, al menos no que yo

sepa o tenga pruebas. “No hay nada de qué preocuparse” me repito a cada paso que doy. Ya no veo con la misma cara a las sombras de los árboles, siempre han sido iguales y no ha pasado nada extraño. Pero sigo teniendo miedo y ya llegue a la ventana ¿Será o no como yo pensaba?

Las imágenes del monstruo debajo de la cama ahora ocupan un lugar detrás de la cortina. Retrocedo unos pasos intentando analizar la situación. Una parte de mi dice que de haber algo ya lo vería por debajo de la cortina, mientras que otra tiene el rostro al otro lado esperando a que mueva la cortina. La curiosidad me hace avanzar nuevamente. Voy levantando la mano sigilosamente, el corazón me late a mil, se hace eterno el momento antes de tocar la tela, observo el movimiento que me provoca, estoy temblando y mi mano no consigue parar, ni siquiera ya teniendo la cortina agarrada. Es el momento de la verdad.

Al final tenía razón, fue todo un engaño producto de mi imaginación. Sentí miedo en vano haciéndome la película. La ventana de las cortinas azules estaba abierta.

Una vez leído este libro, es nuestro deseo como grupo que lo compartas con los demás.

“Un libro, cobra vida cuando más personas lo leen, se hace parte de cada historia y cada personaje, de cada sensación que deja”.

Quisimos hacerlo en formato digital para poder llegar a todos los rincones del mundo, que nuestro arte vuele, que deje una semilla en que cada persona que lo lea, y esta pueda crecer.

Somos un grupo de escritores jóvenes, con ganas de hacernos leer.

Gracias por apoyarnos en este recorrido.

Para ponerse en contacto con nosotros, puedes hacerlo a través de nuestro Instagram:

ZONADEPROMESAS2021

Este libro está en proyecto de ser declarado de Interés Departamental por el Honorable Concejo Deliberante de General Alvear, Mendoza y en proyecto de ser declarado de Interés en la Honorable Cámara de Diputados de la provincia de Mendoza

ZONA DE PROMESAS

Jóvenes Escritores Alvearenses

Jóvenes Escritores Alvearenses
Zona de promesas

